

## LA CUESTION PORTUARIA DE BOLIVIA

Eduardo Diez de Medina

Vuelve al tapete y a la discusión pública nuestro más vital problema: la reintegración marítima y geográfica del país.

Discretas declaraciones formuladas en esferas oficiales y otras más amplias de la prensa de uno y otro país, motivaron la nota sensacional que un personaje, de gran renombre en las letras, diera al recoger versiones callejeras y darles viso de realidad, aun cuando los propios negociadores se encargaron de hacernos saber que todo se reduce hasta hoy a demostrar que Chile se halla dispuesto a entrar en negociaciones directas con Bolivia, facilitando a esta nación una salida al mar, sin compensación alguna territorial.

Pensamos que el tema obliga a la serenidad y al estudio profundo de la forma y condiciones en que pudiera llegarse a un acuerdo entre los tres países a los que atañe la cuestión, sin que la vocinglería ni el sensacionalismo aporten nada útil en la discusión de un asunto trascendental que interesa también a la unidad y la paz de los pueblos todos de la América sureña.

Entre tanto y mientras las Cancillerías respectivas tienen en estudio las bases del posible acuerdo, parecía cuerdo no avanzar juicios aventurados ni caldear el ambiente fraternal y amistoso en que han de prosperar, más fácilmente, las gestiones en trámite. Para Bolivia y para su hábil negociador en Chile, constituye desde luego un triunfo la declaración del gobierno de esa nación vecina reconociendo, implícitamente, nuestro buen derecho y mostrándose llano a discutir directa y pacíficamente la solución por ambos países anhelada.

Debió, por lo mismo, causar extrañeza que a la simple noticia de un posible arreglo o negociación diplomática en la cuestión portuaria, sin siquiera conocerse las bases de tal acuerdo o negociación, por su índole reservados, un personaje tocara a rebato la campana del escándalo, mostrándose, como siempre, poseedor de sabiduría y el único con el patriotismo suficiente para juzgar no solo los problemas que al país incumbe resolver, sino aun para dictar Decálogo a las Naciones todas del orbe.

Empero, por curiosa aberración, aun los portavoces de la opinión agitaron las sonajas estridentes ante la versión, por cierto inexacta, de que las aguas de nuestro Lago legendario habrían de enajenarse y perderse como parte de una gravosa compensación para obtener Bolivia el puerto indispensable.

Rectificada la versión por el propio negociador y Embajador de Bolivia en Chile Don Alberto Ostria Gutiérrez, aun se insistió días después en calificar de traidores a la Patria a quienes, por sus propias funciones, tocaba y corresponde intervenir en tan grave problema.

He ahí cómo la voz del gran lírico que no se dejó escuchar durante los días luctuosos del Gobierno Villarroel para protestar de los crímenes horrendos de noviembre de 1944, se levanta ahora para combatir imaginarios molinos de viento y echarse, lanza en ristre, contra un negociador y un pacto en ciernes del que apenas sabe por la prensa sensacionalista de nuestros días.

Tonante y grave resonó hasta en los más apartados confines de la república, sin que los alarmistas se impusieran el trabajo de estudiar antecedentes y conocer las gestiones realizadas en torno a la supuesta negociación, para hallarse así en aptitud de emitir juicio o poder secundar la denuncia y la acción combativa del crítico, juez inapelable en nuestra hoya altiplánica.

No satisfecho con lanzar su anatema contra quienes pudieran intentar un acuerdo en relación con nuestro problema portuario, predice el profeta que ese acuerdo o arreglo, se produzca o no, graves calamidades traerá para Bolivia. He aquí sus propias palabras:

"Si el cielo se apiada de Bolivia y la propuesta chilena es rechazada, prevengo a los bolivianos: una serie de hostilidades caerá sobre Bolivia. Es útil que el continente esté prevenido". Se diría que el escritor vive allí en los comienzos del siglo pasado. ¿Piensa que aun es posible en nuestros días y en la América la conquista o el avasallamiento de los pueblos por sólo el poder de la fuerza? Nadie osaría afirmarlo.

Teme y cree aquél, que Chile necesita urgentemente volver al estado de guerra contra Bolivia. Ni lo necesita ni podrá intentarlo nunca más en adelante. Se desenvuelve Chile y avanza en el concierto americano con sus industrias en pleno auge, bajo la administración de sus hábiles gobernantes, los mas perspicaces y preparados de América. En la prolongada lonja de su territorio magro, florece un pueblo laborioso y fuerte. No cometerá el error de recurrir a la guerra hoy, a juicio nuestro, imposible. No dará ese paso ante la vigilancia de América que se esfuerza por el mantenimiento de la paz y el imperio de la justicia y el derecho en el nuevo mundo.

Por extraña paradoja, el mismo escritor exclama: "En Bolivia ya no gobierna el Presidente del tiempo de López Neto". Ni en Bolivia ni en el resto de América. No son los hombres, ni las, ideas, ni los regímenes, ni los tiempos, los mismos. Sólo una mente estática, contemplando la realidad existente un medio siglo atrás, podría imaginar hoy que basta un impulso ambicioso o una aspiración para lanzarse a la guerra o la conquista de hogaño, en estos días en que precisamente nuestra hermana mayor de América compromete todos sus ingentes recursos, la vida de millones de sus hijos, tal vez su pujanza y su propio poderío, por defender la paz y la justicia allí en las más apartadas regiones del otro hemisferio.

Parécenos que el pensador se despierta todavía con las églogas de Virgilio para luego estremecerse ante los broncos y estridentes sonos del Tanhauser.

De acuerdo con esa su macabra visión profética, no tendría Bolivia sino un dilema al frente: si pacta con Chile tal acuerdo, no puede efectuarse él sino traicionando al país y entregándole maniatado al vencedor de ayer; si no se llega al acuerdo, más peligroso y grave será su destino, puesto que Chile, según se predice, caerá sobre Bolivia, víctima de nuevos e inevitables desmembramientos. En una palabra, no indica solución alguna ni procede con visión de gobernante o de estadista que se esfuerza por remediar la clausura del país. Se limita a dar la voz de alarma, acusando con dureza a la nación a la que justamente toca resolver el problema, complicado por el pacto de partija de Arica y Tacna, con prescindencia absoluta de Bolivia que intervino en la guerra del 79.

Nada más fácil que atacar imaginarios peligros o elucubrar planes y defensas sobre el vacío. Podrá ser ello obra de escritores desaprensivos; no es tarea de hombres de Estado ni menos de quienes deben guiar a su pueblo mostrándole la ruta por donde puede evitarse aquel peligro.

El encierro de Bolivia, a nuestro modesto modo de ver, tiene y debe tener solución, a corto o más largo plaza, sin compensación territorial alguna ni concesiones que pudieran afectar, en lo más mínimo, su dignidad ni su soberanía. Frente a la opinión del vidente que nada define ni salva, he aquí la nuestra que entregamos al juicio público, sin tratar, por supuesto, de conmovier al mundo.

a) Bolivia no *aspira* ni *anhela* una salida al Mar Pacífico. Tiene, sí, el *derecho* de obtenerla y el *deber* de sustentar ese derecho, a través de todos los tiempos y todos los obstáculos.

b) Nació la República a la vida independiente, con extensa costa marítima y puertos sobre ese océano: Cobija, La Mar, Mejillones, Antofagasta.

c) Perdió toda esa costa y sus puertos, a consecuencia de una guerra injusta y por el Tratado de 1904 que si no lo impuso también por la fuerza el vencedor, se negoció bajo esa

presión y la situación de asfixia en que el Pacto de Tregua había ya colocado a Bolivia. Baste recordar aquí la célebre nota del Ministro Konig, pasada a nuestro Gobierno en 1900.

d) Ese tratado de 1904 no lo cumplió Chile en todas sus partes. Sus artículos 2º y 12º contienen estipulaciones que escritas quedaron en el papel, sin que de su parte Chile hubiera reconocido uno solo de los títulos del Toco que se obligó a respetar, ni aceptado someter la controversia al fallo arbitral pactado.

e) Podría Bolivia insistir en reivindicar el territorio -o parte de él- que le perteneció de pleno derecho, como asimismo insistir en la revisión de un Tratado que no se cumplió debidamente y que le arrebató un derecho fundamental, inalienable, para su vida ulterior y el ejercicio pleno de su soberanía. Mas ambos extremos son, por el momento, utópicos, por lo irrealizables. No aceptará el vencedor discutirlos; ni siquiera escucharlos.

f) Como única solución posible y práctica se presenta hoy la de obtener, por acuerdo entre las tres naciones que libraron la Guerra del Pacífico, la cesión absoluta e integral de Arica, puerto que sirve actualmente el comercio boliviano y por él se sostiene; su posesión definitiva responderá a las necesidades presentes y futuras de esta nación.

g) Toda faja o corredor, en cualquiera zona, fuera o dentro de Arica, no solucionará el problema portuario de Bolivia. Nos crearía, sí, otros más graves y una situación peligrosa, interponiéndonos en manera incomoda entre los viejos rivales.

h) Si no es posible, por ahora, obtener la cesión lisa y llana de Arica, sin compensación alguna territorial, es aconsejable y de buen juicio suspender, postergar toda negociación al respecto. Ella vendrá un día, tarde o temprano, cuando Bolivia mejor organizada, política, social y sobre todo económicamente, ejerza influencia y pueda pesar decisivamente en los destinos de la América Sureña.

1950.